BORRADOR DE TINTA

Roberto Eugi

Una sublime gota amando el fuerte viento,
un par de viejas bojas pidiendo tinta y versos.
Ganas de morir y de acortar el tiempo
o ganas de vivir lo que depare esto
Fuego, AKADROOW

El atardecer lo sorprendió mientras recuperaba aire a la sombra de un árbol. Pronto aparecería su luna número doscientos cincuenta y nueve: debía retomar su huida cuanto antes para que no lo encontraran. Corría por el centro de la isla cuando se apagaron las luces.

Despertará repentinamente con un fuerte dolor en la nuca. Intentará ir por un poco de hielo, pero no podrá levantarse, las frazadas de acero se lo impedirán. Retorcerá el brazo con el fin de mover la libreta, que se le incrusta en la espalda. Apenas alcanzará a tocar la tapa.

Notará que la noche invade la habitación, la oscuridad usurpa su realidad, que se torna de una negrura similar a la muerte. Lo ahogarán sus lágrimas. Con la cabeza que naufraga en mareas de vellón, se hundirá más y más hondo abandonándose a las profundidades de un mar de letras.

La hinchazón de sus ojos empañados lo obligará a cerrarlos. Su cuerpo se alejará de la superficie, aferrándose a su libreta como si de un salvavidas se tratase. Rogará tanto por el final de ese tormento que ignorará las olas que arrastran una parte de él a otro lado.

Abrirá los ojos y se encontrará en el centro de un círculo formado por los ancianos de la tribu, figuras sombrías que portan máscaras talladas de árboles sagrados.

Un grupo de isleños va a encender las antorchas que los rodean. Entonarán un cántico gutural acompañado con fuertes palmadas.

El fuego aumentará la temperatura del ambiente. Sus pies descalzos arderán en contacto con la tierra. El humo que impregna sus pulmones le quitará, poco a poco, el aire. Finalmente, su consciencia se desvanecerá en la oscuridad junto a la nube gris que desaparece al compás del viento de la isla.

Se despertará aunque le costará mantener los ojos abiertos. El sueño será más fuerte que él. Sentirá que la fiebre le gana el cuerpo, con la impresión de tener un desierto en la garganta. Distinguirá en la penumbra de la habitación un vaso con agua sobre la mesa de noche, llevará su mano hacia él, pero sus dedos se cerrarán otra vez en un vacío negro.

Amarrado por los tobillos y las muñecas, notará, sorprendido, el atuendo que lleva puesto, los amuletos místicos colgados de su cuello y los símbolos tribales que le pintaron en la piel. Alcanzará a divisar la marea de tinta oscura que golpea furiosamente los bordes de la costa.

Los susurros de la isla apagarán las antorchas. Surgirá desde las sombras la líder espiritual que, al danzar con movimientos furiosamente calmos y ceremoniosos, le acercará una daga al pecho. Brillará bajo la luz moribunda de la luna menguante el filo que descenderá y…

Estará su cabeza todavía apoyada en la almohada empapada de lágrimas. Sentirá, aún con el corazón confuso, la necesidad imperiosa de darle un final a la historia. Tomará la libreta, leerá en su tapa *Borrador de tinta.* Ubicará la última página y escribirá:

...sumergiéndose en las profundidades del ser hará emerger uno nuevo. Un renacimiento espiritual, evolución de mente y alma, que requería abandonar sus antiguas nociones de sí mismo para abrazar una nueva percepción, una conexión con el tejido del mundo que lo rodea.

Notará una mancha en la hoja que intentará limpiar de inmediato. Esa impureza, que arruina su escritura, lo empujará a pensar que inevitablemente cortar lo impúdico del papel es la única solución. Lo tomará por los extremos, tirará con firmeza, y la rotura de la página le dolerá como una daga incrustada en el pecho. Después verá gotas que lo salpicarán desde el interior del cuaderno, al tiempo que tiñen la habitación de tonos mortecinos.

Entrará el sol por la ventana como una revelación. Iluminará una almohada húmeda con un cuerpo tendido sobre la cama marcado por señas ancestrales en sus brazos y piernas. La claridad recuperará el color de un vaso con agua olvidado sobre una mesita de noche. En el suelo brillará un charco de tinta roja, salada como el mar, que caerá desde el interior de aquella libreta maltrecha todavía sostenida por una mano endurecida y fría.